

el acto consumado, sino hasta el pensamiento, los deseos y movimientos conducentes al tal acto, si son plenamente deliberados; porque la tentativa es de tal naturaleza, é incluye en su esencia tan enorme malicia, que no admite, como dicen los teólogos, parvedad de materia. Reflexiónalo bien, hijo mio; no hay ni se admite en esta especie de pecado parvedad de materia. Es muy hermosa la castidad; pero es muy delicada: cualquier ligero soplo impuro la empaña. Amala, pues, y apréciala mas que la salud y la hermosura; *porque solo á los limpios de corazon está reservado el premio de ver á Dios.* (Matth. v, 8). Y el real profeta David pregunta: *¿Quién subirá al monte del Señor, ó estará en su lugar santo?* y luego él mismo responde: *El inocente de manos y de limpio corazon.*

BOCA SÉPTIMA.

Amor á las riquezas y honores.

1. Hasta aquí, hijo mio, te he hablado de los peligros que nacen del amor á los deleites carnales, y tal vez con mayor extension de lo que esperabas, porque sé que este es el flanco por donde embiste el enemigo á la juventud: pero es menester que vivas prevenido contra otro género de ataques, porque aun le quedan otros medios para hacerte caer. Ya sabes lo que hay en el mundo: además de la concupiscencia de la carne hay la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Si con la gracia y la vigilancia de tu parte puedes escapar y librarte de la impureza, mira

que aun te queda que sostener fuertes combates contra la avaricia y la ambicion: esto es, contra el amor desordenado de las riquezas y de los honores. De la avaricia dice el apóstol san Pablo que es la raíz de todos los males, y que muchos por ella han perdido la fe. San Ambrosio, explicando estas palabras que el Apóstol escribía á su amado discípulo Timóteo, se produce en estos términos: La avaricia se llama raíz de todos los males, porque es capaz de admitir todo género de maldad: ella para satisfacer su apetito no reparará en obscenidades, ni en homicidios, ni en maleficios, ni en vileza alguna de hechos infames. De presente carece de sosiego, porque siempre anhela; ni sosegará jamás, porque está destinada á eterna condenacion. El avaro, dice san Agustín, es semejante al infierno; pues que así como el infierno por mas almas que se haya tragado, nunca dice basta: así tampoco el avaro, aunque haya reunido todos los tesoros. Cuanto mas gana mas se inflama, dice el ya citado san Ambrosio. La avaricia tiene una particularidad fatal, y es, dice san Jerónimo, que envejeciéndose los otros vicios en el hombre, cuando se va haciendo viejo solo la avaricia se vuelve jóven. Desdichado el que cae en este vicio, porque con dificultad se corrige. ¿Qué le sucedió á Judas Iscariote? Dominado de la avaricia vendió á su divino Maestro, y ni las miradas de Jesucristo, ni las insinuaciones que le dió en el cenáculo, cuando decia á todos sus Apóstoles: Uno de vosotros me ha de entregar; ni el haberle lavado los piés; nada, absolutamente nada le hizo desistir. ¡Oh! qué bien dijo el Espíritu Santo en el Eclesiástico, que no

hay cosa mas perversa que el avaro, ni cosa mas inicua que el amor á las riquezas.

2. El citado Apóstol de las gentes escribiendo á su amado Timoteo, le advertia, que los que quieren hacerse ricos, caen en la tentacion y en el lazo del diablo, como son los fraudes, las usuras, las estafas y todas aquellas trampas que sabe el demonio y los avaros tambien. ¡Insensatos! no se acuerdan de la doctrina de Salomón en los Proverbios: *Aquel que procura enriquecerse rápidamente, y codicia lo de otros, ignora que topará con la miseria.* Le sucederá, dice Hermas, como al lebre, que despues que se ha fatigado tras la caza y ha cogido la liebre, van y le quitan la presa, sin dejarle siquiera una pequeña parte con que repararse de su cansancio; así el amante de las riquezas despues que habrá sudado toda su vida en busca del oro y de la plata, en la hora de la muerte se hallará con las manos vacías: desnudo vino al mundo, y desnudo ha de salir, sin quedarle un cuarto con que proporcionarse un vaso de agua para refrescar su lengua, cuando se abra en vivas llamas; como la del mal rico del Evangelio. Guárdate, pues, hijo mio, de ir tras el oro y de colocar tu confianza en el dinero; si vinieren como brindándote las riquezas por mano de la fortuna, guárdate de poner en ellas tu corazon. No eches en olvido aquellas palabras de Jesucristo á sus discípulos: *Hijos míos, les decia, ¡cuán difícil es que los que confían en el dinero, entren en el reino de Dios! Mas fácilmente pasará un camello por el ojo de una aguja, que uno de esos ricos por las puertas del cielo.*

3. Y cuenta, amado mio, que no bastará para salvarte, que te abstengas de poner tu corazon en las riquezas, y de codiciar lo ajeno; si no procuras dar de lo que tienes á los necesitados. Santo Tomás dice que el rico Epulon se perdió, no porque hubiese hurtado, sino porque negó el socorro al pobre Lázaro; así como sabemos que en el día del juicio será fulminada aquella terrible sentencia de condenacion eterna contra los que no habrán socorrido á los pobrecitos, al paso que serán elogiados y coronados de gloria los caritativos. Dirá Jesucristo á cada uno de estos: *Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado, porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era huésped, y me hospedasteis; desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis, porque en verdad os digo, que en cuanto lo hicisteis con uno de estos mis hermanos pequeñitos (esto es con los pobres), conmigo lo hicisteis.* Debe, pues, el hombre considerarse como mayordomo de los bienes que posee, que no son sino un depósito que Dios le confia para su congrua subsistencia, y para que alimente á los que no tienen. Para que lo veas mas claro, me explicaré con un símil: de la boca pasa la comida al estómago, donde se hace la digestion, luego este toma para sí lo necesario (y no mas), y lo restante lo reparte á los demás miembros, y así todos viven. De otra suerte se seguirian grandísimos males; pues si el estómago se quedase con toda la comida, se hallaria cargado, oprimido de su propio peso, enfermaria; luego los demás miembros privados de alimentos se irian debilitando,

hasta que el último resultado de tan funesto desorden seria la muerte. Ahora bien, todos nosotros, segun doctrina de san Pablo, formamos un cuerpo, cuyo estómago son los ricos que de Dios han recibido lo que tienen; los demás miembros son los pobrecitos; si los primeros toman de sus riquezas solo lo necesario para su decente manutencion, y lo demás lo distribuyen á los pobres, todo irá bien, todos vivirán; pero ¡ay! que si el rico retiene para sí todos sus caudales, los pobrecitos como otros Lázaros perecerán de miseria, mientras él oprimido en este mundo con el haz de las espinas de sus riquezas, se prepara en el otro un lecho de fuego, donde extendido y amarrado algun dia, rabiando de sed y de hambre, clamará eternamente: *Crucior in hac flamma*: ¡ay! ¡qué vivo tormento me dan estas llamas! ¡Y qué le aprovechará entonces haber disfrutado de todos los bienes de la tierra á una alma perdida, condenada y atormentada para siempre?...

4. Escucha, hijo mio, la respuesta que mutuamente se dan en el infierno los que en vida se jactaron en las riquezas. Lee el libro sagrado de la Sabiduría, cap. v, y allí la encontrarás. Todo ha pasado, gritan los infelices, todo ha pasado como una sombra y como un mensajero que va corriendo, y como una nave que pasa por el agua fluctuante, que no deja señal ni rastro alguno á los pocos momentos, ó como una ave que vuela por el aire, ó como la saeta disparada al lugar destinado, que ha dividido el aire, pero luego ha vuelto á reunirse, de modo que se ignora por dónde ha pasado. Y atiende

al mismo tiempo, que tan fatal desengaño experimentarán no solo los que buscan su felicidad en el dinero, sino tambien los que pretenden con excesiva ansia los honores; porque si es malo el atesorar con demasiado afan, no lo es menos el dejarse arrastrar de la ambicion. ¡Qué daños ocasiona la avaricia! El avaro oprime á los inferiores, en cuanto se alimenta de la sangre de los pobres: el avaro de nadie se compadece, á nadie socorre; ofende á Dios, porque no le da lo que le es debido: ofende al prójimo, porque le niega lo necesario: se ofende á sí mismo, porque se quita lo que le conviene; es ingrato á Dios, es duro para su prójimo, es cruel para sí propio. Y ¿no es todavia mas indigna y perniciosa la conducta del ambicioso? Lleva este tan adelante su arrogancia y altanería, que quiere avasallar á sus iguales y hasta á sus superiores, pretendiendo como Lucifer colocar su trono sobre los astros, y hacerse semejante al Altísimo. De aquí ¡qué daños! ¡qué trastornos no vienen á la sociedad!... Un hombre sin méritos, sin talento, sin ciencia para el desempeño de un empleo honorífico, se le ha puesto en la cabeza que aquel destino le es debido de justicia, y que ninguno mejor que él sabrá desempeñarlo. No deja piedra por mover, para conseguirlo: sacrificará, si es preciso, no solo el interés y el honor, sino tambien la vida de sus hermanos: y despues que traspasando escalones salpicados de sangre, habrá subido á la cumbre de la dignidad, ¿qué hará el miserable sin pericia, sin talentos? No mas que disparates, no mas que desatinos. Y ¿qué ha de suceder? La doctrina, la prudencia son

los ojos del físico, del letrado, del magistrado, del eclesiástico, y á la manera que un ciego no puede conducir á otro ciego sin peligro de caer ambos en la hoya; así el necio presumido dará en tierra con la carga de todos aquellos que indiscretamente haya tomado á su cuidado. Porque como la ambicion crece á par de la soberbia, no suplirá el Señor con su gracia la falta de ciencia; pues está escrito: *Dios resiste á los soberbios, y comunica su gracia á los humildes.*

5. Sé humilde, hijo mio, á imitacion de Jesús y de la Virgen santísima; así libre de ambicion, serás colmado de gracias, para cumplir los deberes del destino, donde no por tu capricho, sino por divino llamamiento fueres colocado. Mira que si no quieres ser humilde de corazon, Dios te humillará á pesar tuyo, como confundió la soberbia de Lucifer, de Saul, de Nabucodonosor, de Aman, de Antíoco, de Nicanor, y de otros con tan terribles escarmientos, que causa espanto el oírlo. Sé humilde, afable, benigno y apacible para con todos sin despreciar á nadie, y aunque te veas dotado de alguna gracia especial, v. g., de hermosura, robustez, riqueza, talento, etc., mas que los otros, no por eso los tengas en menos: si todo lo has recibido de Dios, ¿por qué has de ensoberbecerte y gloriarte de lo que no es tuyo? ¿no puede el Señor privarte de ello y concederlo á otro? ¿quién sabe si aquel á quien tú desprecias, tiene otras gracias mayores que las tuyas, aunque ocultas? ¿quién sabe si gozará mayor gloria que tú en el cielo? Si algo de bueno tienes, si algun bien haces mas que los otros, piensa que si el Señor les concediese

la gracia que á tí te concede, harian cosas mayores y mejores que tú; y aun cuando cometan grandes maldades, imagina que si por un momento te dejase Dios de su mano, obrarias peor que ellos.

6. Apoyado en estas solidísimas reflexiones jamás mirarás á nadie con desprecio, ni menos te preferirás á otro, sino que á todos amarás como amigos y hermanos, y cuanto mas los respetares, tanto mas serás de ellos amado y respetado. En una palabra, los verdaderos y justos honores son como la sombra, que huye de quien la busca, y sigue á quien la huye. El que pretende los honores, se hace indigno de ellos, y por lo mismo huyen del ambicioso, del cual si alguna vez se dejan alcanzar, no están en él sino con violencia, por fuerza. Así un hombre pagado de sí mismo será tal vez honrado y respetado mientras se hallare presente; pero al volver las espaldas, será la risa de aquellos que le prestaban fingidos homenajes. Y ¡ay del ambicioso, si le deja la fortuna! ¡Cuán honrado no habia sido Aman en el palacio de Asuero! él era el mas exaltado de todos los príncipes que tenia el Rey; todos debian doblar la rodilla en su presencia, y adorarle y acatarle; pero al fin, ¿en qué pararon estos obsequios? el infeliz fue colgado en el mismo patíbulo que habia preparado para Mardoqueo.

7. No vayas, pues, hijo mio, tras los honores, porque dice un refran latin: *Honores mutant mores, sed raro in meliores*; los honores mudan las costumbres, pero rara vez en mejores. Toda nuestra gloria ha de ser el testimonio de

nuestra conciencia, como decia san Pablo. Si te ves honrado, no te ensoberbezcas, porque todo pasa en este mundo. Mira que el sol muchas veces se esconde á nuestros ojos detrás de espesas nubes. Nuestro divino Salvador, que nunca buscó honras ni obsequios, en su entrada triunfante en Jerusalem fue recibido con festivo gozo: las turbas que iban delante y las que iban detrás decian á voz en grito: *Hosanna* al hijo de David: bendito el que viene en el nombre del Señor; *Hosanna* en las alturas; y no obstante, al anocheecer de aquel mismo dia, no hubo quien en aquella vastísima ciudad le acogiese en su casa, por lo que fué á pasar la noche en Betania, distante de Jerusalem como una hora de camino. Además aquel mismo pueblo que le habia honrado con aquellas palabras: *Bendito el que viene en el nombre del Señor*, á pocos dias gritó: *Quita, quita: crucificalo*. Los que se habian despojado de sus vestidos y los habian tendido por el camino, despues le despojaron de los suyos; y los que habian cortado ramos de los árboles y los habian esparcido por la tierra, le prepararon y presentaron despues una cruz. ¡Oh, qué cosa tan desemejante, exclama san Bernardo, *Quita, quita, crucificalo*, de aquel *Bendito el que viene en el nombre del Señor*! ¡qué cosa tan desemejante, *Rey de Israel*, del *No tenemos rey, sino á César*! ¡qué cosa tan desemejante, ramos verdes y cruz, flores y espinas! A quien primero tendian los vestidos ajenos, hé aquí que es despojado de los propios, continúa el mismo san Bernardo: *Cui prius sternerant vestimenta aliena, ecce suis exuitur*. Si á un Dios rey inmortal de los si-

glos, á quien se debe todo honor y toda gloria, que estuvo tan léjos de buscar honores, que se anonadó á sí mismo, tomando forma de siervo, así se le trata, ¿qué debemos nosotros esperar de todo este fausto y oropel humano? Consideremos que todo lo del mundo no es mas que vanidad y afliccion de espíritu; y de hoy en adelante nobles y plebeyos, ricos y pobres, grandes y pequeños, no nos gloriemos sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo debe estar crucificado á nosotros, y nosotros al mundo, porque en Jesucristo nada vale sino la rectitud de corazon. Así es como has de librarte, hijo mio, de las siete bocas del Nilo del mundo, y para mejor preservarte de los pestíferos aires que le rodean, lee en conclusion de esta obrita el apéndice siguiente.

AIRE HÚMEDO DEL RIO NILO

ó

FALSAS MÁXIMAS DEL MUNDO.

1. ¿Has observado, hijo mio, como aquella niebla que suele extenderse sobre los rios y sus cercanías impide la vista del sol, y como la humedad de los aires que allí se respiran causa calentura que quita al hombre las fuerzas y el apetito? Así tambien de ese gran Nilo del mundo se levanta una densísima niebla de errores, que no deja ver á Jesucristo, sol de justicia, y los aires húmedos que le rodean están impregnados de máximas tan perniciosas que, causando una ma-

ligna fiebre espiritual al cristiano, le hacen perder el apetito de la santa devocion, y hasta las fuerzas que necesita para el cumplimiento de sus mas indispensables obligaciones. Tales aires respira entre las tinieblas de sus desatinos una chusma compuesta de lo mas vil y perverso de todos estados, sexos y condiciones, una gente enemiga de Dios y de sus prójimos, que solo se ocupa en engañar, estafar, censurar, vituperar y perseguir de muerte á los verdaderos cristianos. Para preservarte de las venenosas saetas que contra tí dispare la malicia de esta gente, no menos que de los contagiosos miasmas que solo su presencia lleva consigo, bastará que te acuerdes de aquella importante reflexion que á sus discípulos hacia Jesucristo: *Si os aborrece el mundo, sabed que primero me aborreció á mí: si fuérais del mundo, el mundo os amaria como cosa suya; pero como no sois del mundo, sino que yo os elegi del mundo, por eso el mundo os aborrece... No debe el criado ser mayor que su amo: si á mí me persiguieron, tambien os perseguirán á vosotros.* Alegrémonos, pues, cuando así nos veamos perseguidos: llamados por la gracia de Dios á la anticipacion de los trabajos y de la herencia de Jesucristo, vivamos como cristianos, sin avergonzarnos del santo Evangelio; porque escrito está: *Que si alguno se avergonzare de acreditar con sus obras la doctrina evangélica en presencia de las gentes, tambien Jesucristo se avergonzará de reconocerle por suyo en la presencia de su Padre celestial.*

2. ¿Por ventura se avergüenza alguno de gozar salud entre los enfermos ó de tener juicio

entre los dementes? Pues mucho menos debemos sonrojarnos nosotros de conservar entero y maduro el juicio cristiano entre los contaminados y locos mundanos. Ellos, como desatinados, chillarán, murmurarán, harán mofa de la virtud; pero mas necio serias tú, hijo mio, si por no ser censurado de los locos, hicieses el loco como ellos, mas culpable serias que ellos, que no saben lo que se hacen. Déjales seguir las insensatas leyes del mundo; leyes tanto mas severas cuanto mas injustas, tanto mas bárbaras cuanto mas irrazonables: porque ¿cómo ha de ser escuchada la razon entre aquellos que se glorian de vivir como brutos? Déjales cantar, déjales gritar, déjales reir; tiempo vendrá en que llorarán. Ya en tiempo de Noé habitaban la tierra hombres bebedores y glotonos que pensando solo en satisfacer los apetitos de la carne, cuando veian la condenacion de sus vicios en la irreprehensible conducta del santo Patriarca; cuando le miraban ocupado en la construccion del arca que Dios le habia mandado fabricar, ¿á qué viene, decian, el singularizarse este iluso, apocado? ¿será tal vez el único que se ha de salvar? ¿á qué viene ese fanático á reprender nuestras diversiones, saraos, bailes, convites, vestidos y juegos? pero ¡ay!... viene el diluvio... y todos quedan sumergidos menos Noé y los que con él tuvieron la suerte de entrar en el arca. ¡Oh, cómo se lamentarian al verse con las aguas á la garganta! ¡oh, cómo exclamarian: Noé ha sido el sábio, y nosotros los necios é insensatos! ¡Noé se salva, nosotros por momentos vamos á ser ahogados!...

3. Podrá ser muy bien, hermano mio, que pase contigo lo mismo; que digan los mundanos: ¿A qué viene ese fanático y melancólico á reprender nuestra conducta y la de nuestros compañeros alegres y divertidos? ¿por qué condena la lectura de libros curiosos y prohibidos? ¿por qué nos hemos de privar de los espectáculos y comedias? ¿por qué de los cortejos y bailes? ¿es decir que, segun su dictámen, no podremos jugar ni divertirnos? ¿ni tener apego á las riquezas y honores? Pero lo que mas les ha de exasperar y provocar todas sus burlas, sátiras y sarcasmos, será el verte fuertemente asido de la cesta espiritual: ánimo, no obstante, querido hijo; afirmate mas en ella, dia vendrá en que ellos, arrebatados por la corriente de la iniquidad al abismo de la perdicion, viéndote á tí; cual otro Moisés, librado de las aguas, ó salvado como Noé del diluvio de los vicios, desesperadamente arrepentidos se lamentarán y gritarán: *Nos insensati*: ¡Nosotros hemos sido los necios! ¡verdaderamente hemos errado!... Nosotros mirábamos como una locura la cesta de los celestiales avisos... y hé aquí que los que se acogieron á ella han sido salvos y son contados en el número de los Santos y de los hijos de Dios: nosotros ¡ay insensatos! hechos el juguete de las olas y de los vientos en el tempestuoso Nilo del mundo, vamos á ser sepultados para siempre como esclavos del diablo en los abismos del infierno.

4. Acuérdate, hijo mio, de Tobías que, sin embargo de ser de los mas jóvenes de su tribu, nunca jamás se ocupó en tonterías de jóvenes.

Cuando los otros iban á adorar los becerros de oro que habia hecho Jeroboam, él se apartaba de aquellas reuniones y se iba solo al templo de Jerusalem, en donde adoraba al verdadero Dios y le ofrecia sus primicias y décimas. Haz tú lo mismo; no pierdas el tiempo en necedades pueriles; no vayas con los otros jóvenes á adorar esos becerros de diversiones y ocupaciones nocivas, que el demonio ha inventado para pervertir y echar á perder la incauta juventud: véte solito al templo santo y adora al Dios verdadero, ofrécele las primicias de tu vida, que son los años de tu juventud. ¡Oh, cuánto le gustará esta ofrenda! Ofrécele tambien las décimas, esto es, la recepcion de la sagrada Eucaristía cada diez ó quince dias, ó cada mes; porque ya sabes que el vino de este Sacramento es vino que hace vírgenes, que su pan es pan de fuertes, comida angelical, que hace en el alma lo que el pan material en el cuerpo; de manera que así como desmaya el cuerpo si le falta este cotidiano alimento, tambien desmayará el alma que se olvidare de comer el divino pan eucarístico.

5. Debe comunmente preceder á la Eucaristía el sacramento de la Penitencia, que borra las manchas del alma, como el agua limpia las del cuerpo. ¿Qué dirías de uno que pasase muchos meses sin lavarse, ni cortarse las uñas, ni mudarse la camisa? ¿No dirian todos que era un asqueroso? Conviene, pues, lavarnos á menudo las manos y cara aunque no estemos súcios; así tambien te limpiarás frecuentemente en este santo baño de la Penitencia, aunque no halles en tu corazon inmundicia de culpa mortal, acusán-

dote de las faltas leves de la vida presente y de alguna mas notable de la vida pasada, con verdadero dolor y propósito, que es requisito indispensable para recibir la absolucion y la gracia ó el aumento de gracia que ella causa. Pero si por tu desdicha cayeses en algun pecado mortal (¡ojalá Dios nos mate primero!), haz luego un acto de contricion, con propósito de confesarte lo mas presto que puedas, guardándote del funesto error de aquellos herejes soberbios que, por no sujetarse al sacramento de la Penitencia, se engañan á sí mismos, diciendo que basta hacer un acto de contricion á los piés de un Crucifijo, ¡Ay miserables, que no conseguirán el perdón! Te lo haré ver con un ejemplo muy palpable. Cuando un monarca ha establecido en cada provincia tribunales subalternos que juzguen las causas de su distrito, si algun delincuente dijese, yo no quiero que un súbdito como yo me juzgue, sino que me juzgue el mismo monarca, dime, ¿qué se le responderia á este insolente, cuando presentase sus memoriales ó pedimentos? No ha lugar para el suplicante; acuda donde corresponde. Semejante respuesta dará Jesucristo á los soberbios que rehúsen sujetarse al tribunal de la Penitencia que él mismo ha establecido, prometiéndolo aprobar en el cielo la sentencia pronunciada por su ministro en la tierra. Haz penitencia como se hace en la Iglesia católica, que es confesando tus pecados al ministro del Señor: no digas, yo lo hago oculatamente delante de Dios, á quien he ofendido. Con estas palabras reprochaba san Agustin la presunción y altanería de los falsos penitentes;

y al pié de las mismas, el Juez de vivos y muertos escribirá el fallo de eterna reprobacion.

6. Para que nos causase menos empacho el confesarnos, quiso Jesucristo que fuese ministro de la Penitencia un hombre como los demás que, conociendo por experiencia propia cuán grandes son las miserias humanas, supiese condolerse de ellas; y no un Angel, que no habiendo experimentado en sí mismo la rebeldía de la carne, se horrorizaria de la fealdad de ciertas culpas, y seria mas duro en perdonarlas. Mira con cuánta benignidad y sabiduría se acomoda la divina Providencia á la debilidad de nuestra naturaleza en la promulgacion de un precepto que habia de obligar á todos los hombres hasta el Sumo Pontífice. Aquel buen Pastor que vino á dar la vida por sus ovejas, suspirando por la institucion de un Sacramento que diese vida á las que no la tenian, y la aumentase á las que la tenian, habia dicho á san Pedro: *Yo te daré las llaves del reino de los cielos: y no solo á él, sino tambien á los demás Apóstoles habia prometido que lo que desataran sobre la tierra, seria tambien desatado en el cielo: como se lee en san Mateo (xvi y xviii).*

7. Dice el concilio Tridentino en la sesion xiv, que estas promesas del Salvador se cumplieron, cuando despues de su resurreccion se apareció á sus Apóstoles, sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo; á los que perdonáreis los pecados, perdonados les son, y á los que se los retuviéreis, les son retenidos. (*Joan. xx, 22, 23*). Con estas palabras constituyó á los Apóstoles y á sus sucesores, que son los sacer-

dotes hasta el fin del mundo, por jueces en el tribunal de la Penitencia, para condenar ó absolver, no de cualquier modo, sino segun leyes de buena moral, oida la causa, mediante la confesion del reo, y acordándose de la cuenta que tendrán que dar á Dios del uso que hicieren de su jurisdiccion. Por el mismo hecho y con las mismas palabras manda Jesucristo á todos los pecadores que se sujeten á la potestad de juzgar que ha comunicado á los sacerdotes, si quieren lograr el perdon; de otra suerte habria sido aquella una facultad fantástica y puramente de nombre.

8. Observa Peraldo, obispo de Lóndres, que este precepto divino de confesar los pecados lo promulgó el apóstol Santiago cuando dijo: *Confesad vuestros pecados el uno al otro, y encomendaos á Dios mutuamente, á fin de que con la confesion y oracion os salveis.* (Jacob. v, 16). Las cuales palabras exponiendo Hugo de San Victor en el libro segundo *De Sacram.*; dice: *El apóstol Santiago, comoregonero de Dios, anuncia á los hombres este precepto de confesar los pecados, con la precisa condicion de que si no se confiesan no se salvarán.* La misma doctrina enseñaron los demás Apóstoles, de suerte que predicando san Pablo en el Asia, venian muchos de los creyentes confesando y denunciando sus hechos. (*Act. xix, 18*).

9. Te doy estas noticias, hijo mio, sobre el derecho divino de la confesion sacramental, sobre su origen y práctica, ya desde el principio de la Iglesia, para preservarte de los pestíferos aires de ese Nilo del mundo, que son los em-

bustes y errores de los herejes Montanistas, Novacianos, Luteranos y Calvinistas, los cuales pretenden que este precepto es de pocos días, como invencion de frailes y clérigos. ¡Insensatos! ¿Quién ha visto jamás que el legislador se obligase á sí mismo á la ley? Y ¿habrán puesto los eclesiásticos la ley de la confesion, cuando vemos que todos, sin exceptuar ni el Sumo Pontífice, se deben sujetar al tribunal de la Penitencia, si quieren alcanzar el perdon de sus pecados? ¡Ó condenacion ó confesion! Esta es la segunda tabla que nos queda despues de perdida la primera que es la gracia bautismal; y el que no se abrazare con ella en el naufragio de la culpa, irremisiblemente se perderá para siempre. Por eso mismo te la pongo aquí, hermano mio, para que si á la violencia de los vientos de fuertes tentaciones tuvieses la desgracia de perder la cesta espiritual que te he labrado, extiendas la mano inmediatamente á la tabla de la confesion, con la misma presteza con que los naufragos se agarran de un trozo de la deshecha nave; si así lo haces, te aseguro que no perecerás, sino que llegarás finalmente al puerto de la gloria en donde nos veamos todos. Amen.

FIN DE LOS AVISOS Á LOS JÓVENES.